

Sres. Redactores de México en la Cultura.
Diario *Novedades*.

Señores de mi alta consideración:

Por un permiso especial que me concedió San Juan Evangelista (primer cronista de espectáculos con su Apocalipsis), pude regresar por una noche a esta mi inolvidable y amada ciudad de México a la que tanto canté y de la que describí todas sus costumbres mientras me enamoraba de las "chinas" de enagua de percal y rebozo de bolita.

No voy a entrar en describir la sorpresa que me causó el ver mi ciudad tan cambiada, pues necesitaría otros tres tomos como los que escribí en mi *Viaje a los Estados Unidos*. Sólo me interesa decir que me eché a andar por el Paseo de la Reforma, desde el Paseo Nuevo de Bucareli, en busca de algún teatro, pues fui al Principal y me encontré con un extraño edificio en forma de caja de zapatos; fui al Arbeu y me topé con una fachada churri-gueresca muy hermosa que yo sabía que existía detrás de la entrada al teatro pero que nunca pude ver por estar tapada; fui al Gran Teatro Nacional y me encontré con la prolongación de la calle del 5 de Mayo. Todos los teatros de mis tiempos han desaparecido, de modo que pregunté y me dijeron que en el Paseo de la Reforma había muchos "cines". Pensé que el teatro se había terminado ya y decidí conocer lo que era eso del "cine", pero como hacía calor y la noche estaba agradable, caminé más de la cuenta y de buenas a primeras me topé con un letrero que decía: "Teatro Reforma. Hoy, *Mariana Pineda*, de Federico García Lorca, con Pituka de Foronda, Gustavo Rojo y Rubén Rojo." Me volvió el alma al cuerpo al saber que aún existía el teatro y pensé que con ese nombre tan extraño, la primera actriz sería otra de esas grandes figuras de la escena italiana que visitaban la capital en mis épocas. Como no estoy acostumbrado a pagar en los teatros, me hice invisible y me colé a la platea. Un hermoso telón pintado representando una ciudad que después me enteré era Granada, me confirmó en mi idea de que el teatro no había desa-

parecido y que aún se hacía como en mis años de mozo. Todos los telones de boca de los teatros a los que yo asistía estaban pintados con ‘alegorías’ casi siempre mitológicas.

Una bella canción española procedió al levantamiento del telón y me quedé extasiado con lo que vi. ¡Todo el escenario estaba cubierto con encaje de bolillo: paredes, columnas y hasta el piano! Unas bellísimas guirnaldas cuajadas de limas y limones pendían de las paredes y tres enormes arcos dejaban ver otro telón pintado que representaba una ciudad. Me recordó la Villa del Guadalquivir de *Don Juan Tenorio*. Así eran los decorados en el siglo que pasó, de manera que me sentí como en mi casa. Al comienzo de cada acto el director supo poner unos cuadros plásticos muy bellos, como frescos de Goya, que hicieron batir palmas a los concurrentes.

Comenzó la acción, que está situada en Granada en los principios de mi siglo, y pude darme cuenta al punto que tampoco el estilo dramático ha cambiado, puesto que sigue siendo en verso. Apareció una señora de porte espléndido que leí en el programa se llama doña Andrea Palma, y me gustó sobremanera su buen decir, lo mismo que la señora que interpreta el personaje de Clavela, y que se llama Luz María Núñez. Luego hizo su entrada el personaje principal, es decir, Mariana Pineda, y comprobé lo que había pensado antes, en el sentido de que es una actriz muy semejante a las de mis tiempos. Su manera de declamar, de accionar, de suspirar, de gemir, de decir el verso con grandilocuencia, me hizo recordar a Adelaida Ristori, a Italia Vitaliani, a Matilde Díez, todas ellas grandes trágicas del siglo XIX. También se asemejaba a las actrices mencionadas al interpretar a una dama joven cuando ya no se es tanto. Recuerdo a Sarah Bernhardt haciendo *La dama de las camelias*, y a Matilde Díez, ya bastante mayor, interpretando las adolescentes heroínas cómicas de don Manuel Bretón de los Herreros. Doña Pituka de Foronda, que tal es su nombre, no tuvo empacho en encarnar a una “viudita con dos hijos” que tiene treinta años pero que parece de quince, según dice el autor, aunque estos diálogos fueron suprimidos. Ya dije que en mi época así se acostumbraba, de manera que no me llamó poderosamente la atención.

Vi con sumo agrado a una hermosa niña llamada Carmela

Stein que está en vías de convertirse en una verdadera actriz, y con la belleza con que la dotó Natura, muy pronto ocupará un lugar destacado en el medio artístico mexicano. Luego salió el galán de quien el autor dice a la letra: "Tiene dieciocho años. A veces le temblará la voz y se turbará a menudo." Don Gustavo Rojo sólo obedeció a don Federico García Lorca en lo último, pues en verdad sí que se turbaba al hablar, tanto, que a veces no se le entendía, pero ni le tembló la voz ni tiene los dieciocho años. Ya dije que esto no importa puesto que, según veo, el teatro en mi patria no ha evolucionado un ápice.

Ya señalé que todo el escenario está lleno de encajes y de limas, muchas limas y limones, y sin embargo el galán dice: "Cómo huele este cuarto a membrillos." Yo le recomendaría que se hiciese revisar por un especialista en el sentido del olfato. Después apareció otro galán llamado Rubén Rojo, de gran apostura escénica y buen decir, en un breve papel. Doña Pituka volvió a su hablar grandilocuente, a sus manos sobre la frente, a hablar con la cabeza torcida como si le doliese un oído y marcar los finales de frase para hacerlos más efectistas. ¡Todo igual como cuando yo era cronista de teatros en el periódico *El Siglo XIX!* ¡Qué alegría sentí al pensar que no había estado muerto por más de setenta años, sino que se diría sólo me había ido a dormir una noche a mi casa! El último acto transcurre, como toda obra romántica que se respete, en un convento. ¿Pero qué estoy diciendo? ¡Si esta obra fue escrita en 1925, casi cien años después de haber sido iniciado el romanticismo! Pues no sé, pero la acción era en un convento, con monjitas dicharacheras que iban y venían en medio de la gran trágica doña Pituka, quien se sentaba en el brocal de un pozo también forrado de encajes, y el pozo se movía amenazando desmoronarse, quizá por el peso. Sale a escena un feroz personaje que me recordó al Scarpia, de *Tosca*, y hay una escena terrible, de intenciones del autor y de actuaciones de los intérpretes. Yo estaba de pláceme porque no estoy acostumbrado a otro tipo de teatro, y comprobé que eran mentiras lo que me habían dicho otros cronistas posteriores a mí, es decir, que ya no se usaba más ese estilo teatral.

Felicito a don Luis G. Basurto por haber resucitado toda una época con su dirección, aunque ese poeta español, autor de la

obra, la haya escrito en 1925 y la representación toda pareciera de 1880. Me voy, pues, de regreso a mis lares celestes, satisfecho de que en México se siga haciendo tan buen teatro, con métodos de actuación que son los únicos válidos y con todos los recursos que se estilaban en mis días. Hasta el vestir a un hombre de monja para que pareciera que había mucha “producción”, como le dicen ahora.

Felicitaciones a todos y quedo de ustedes, señores redactores, como su servidor Q.B.S.M.

Guillermo Prieto, “Fidel”.

24 de septiembre de 1972

EL BUEN TEATRO

Los cronistas y los críticos teatrales siempre nos estamos quejando de que en México “no se hace buen teatro”, es decir, que no se montan buenas obras. Por eso me parece de justicia hacer notar que ahora, en estos días, sí existe el buen teatro en las carteleras del D. F. Tuvimos largos meses una miseria completa en los escenarios, pero de pronto, como si se hubiesen puesto de acuerdo, varios empresarios se lanzaron a la hermosa aventura de montar un teatro que dignifique a esta monstruosa ciudad que se devora a sí misma por medio de la televisión. Reseñaré brevemente el buen teatro que se puede ver ahora, como una especie de guía para aquellos aficionados que poseen una mínima dosis de buen gusto:

En el Teatro de la Danza, situado entre el Teatro Granero y la Escuela de Danza, acaba de estrenarse la última obra de Harold Pinter, ese extraordinario dramaturgo inglés de quien seguramente todos los lectores vieron en el cine *El sirviente*, o *El mensajero*, y en teatro su obra *Regreso al hogar*. Ahora podemos conocer la titulada *Viejos tiempos*, en una excelente puesta en escena de un joven director que pronto estará considerado como uno de los más importantes: Manuel Montoro. La obra transcurre con lentitud porque así transcurre la vida de quienes ya